

como con su mirada, hubiera querido desafiarle, seducirle, adivinarle.

Miguel se estremeció, y la Baronesa tuvo entonces en sus labios y en sus pupilas un doble relámpago de triunfo.

¡Sentíase interiormente dominadora!

Desde el primer momento había clavado la llama de su mirada, como puñal agudísimo, en el corazón del joven diputado.

XIII.

Al poco rato la Baronesa, que había salido un momento, reapareció en el salón, llevando entre sus manos un lindo tintero, una pluma de oro y un cuadernito azul con cantos dorados.

—¡Bravo, Baronesa!—gritó Gontran entonces, en viendo el cuaderno.—El elegido de París está obligado á hacer paladinamente su profesión de fe.

—¿Qué queréis decir?—preguntó Miguel, que no comprendía.

—Después del suplicio del *Album*—dijo la Baronesa de Rives sonriendo con deliciosa malicia—no conozco otro tan desagradable como el del *Libro de las confesiones*....

Miguel adivinó que se trataba de un autógrafo. ¡Estaba acostumbrado!

—He aquí de lo que se trata—dijo la Baronesa á Miguel:—es menester contestar á las preguntas escritas en este cuaderno, y contestar francamente.... Ya veréis que en mi *Libro Azul* hay personas muy notables que no han vacilado en consignar sus secretos: seguid ese ejemplo, Mr. Berthier; ahí tenéis pluma, tintero y una mesa.... Os damos cinco minutos para vuestra confesión.

Miguel hojeó maquinalmente el *Libro Azul*, no sólo para buscar respuestas gratas, sino para conocer las que sus predecesores habían escrito; y obedeciendo á la regla general, envolvióse en su propia austeridad, dejando adivinar lo cierto á través de este manto.

—Veamos—dijo la curiosa Baronesa cuando el diputado acabó de escribir.

Y tomó el cuaderno, acercóse á la chimenea, y á la luz de las lámparas, mientras Berthier, un poco pálido, miraba los dibujos de la alfombra, leyó en alta voz lo siguiente:

«—¿Cuál es vuestra virtud predilecta?—La fidelidad.

»—¿Cuál es vuestra cualidad favorita en el hombre?—La caballeridad.

»—*¿Y en la mujer?*—La dulzura.»

La Baronesa hizo un mohín delicioso, algo burlón.

«—*¿Vuestra ocupación favorita?*—Trabajar, estudiar.»

—Y hablar—murmuró Gontran.

«—*¿Y el rasgo principal de vuestro carácter?*—El deseo de ser amado.»

—Eso es muy lato, vanal—dijo la Baronesa.—Pero, en fin, hay aspiraciones más irrealizables.

«—*¿Y vuestro color y vuestra flor predilectos?*»

Miguel, después de mirar los colores del traje de la Baronesa, había escrito:—«El azul y la rosa.»

«—*Si no fueseis lo que sois, ¿quién quisierais ser?*—Mirabeau.»

—¡Lo esperaba!—exclamó la Baronesa.

«—*Dónde preferís vivir?*—Aquí.»

—¡También lo esperaba—dijo la de Rives.

«—*¿Cuáles son vuestros héroes favoritos en la novela?*—Julián Sorel y Rastignac.»

—¡Ah! ¡bah!—murmuró la lectora.—Sin embargo, los dos son egoístas y fríos.

—Pero lograron sus deseos—pensó Berthier.

«—*¿Y vuestras heroínas en la historia y en la novela?*—Carlota Corday y la Duquesa de Langeais.»

—No está mal—dijo la de Rives.

—Olvida á Isabel la tendera—murmuró Tancredo por lo bajo al oído de Gontran.

—Y María Antonieta—dijo la señorita Nadeja, que era desde hacía poco tiempo, y sólo por seguir la moda, devota de la reina guillotizada.

La Baronesa leyó rápidamente otras preguntas y respuestas, y al terminar la lectura exclamó:

—¡Bravo, Mr. Berthier! Si hubieseis fijado está confesión en las esquinas de París, habríais sido nombrado diputado sólo por las respuestas.

—Un poco puritano el buen Berthier—murmuró dulcemente Dalerac al oído del joven Tancredo.

—Y vos, Dalerac—replicó Gontran, que había oído la frase anterior—sois un verdadero amigo suyo.

—La franqueza ante todo, querido Vizconde.

—Pues guardaos, caballero—añadió la Baronesa.—Este pequeño *Libro Azul* ha sobrevivido á muchas crisis y visto muchas transformaciones humanas. Lo que aquí se escribe es indeleble. ¡Quién sabe si os arrepentiréis algún día de haber gastado en él algunas gotas de tinta!

—¡Jamás!—exclamó Berthier con firmeza.

XIV.

Cuando los tres amigos hubieron salido de casa de la Baronesa, el tribuno parecía dispuesto á no volver á poner los pies en aquella morada.

—Pero ¿por qué?—le preguntó Gontran, después de marcharse Dalerac.—Has tenido allí un éxito inmenso; como te le deseo en la Cámara. ¿Te fastidia la familia Bourtibourg, porque éste es diputado ministerial? Pues ese respetable tapicero, tu adversario, te dará su hija cuando quieras. ¡Te ha saludado con una majestad!..... Tus respuestas del *Libro Azul* le han dejado estupefacto. Y observa, Miguel, que Nadeja es linda y tendrá *un millón* de dote..... y á excepción de su manía por coleccionar retratos de María Antonieta y objetos que pertenecieron á la Reina (sencillo modo de imitar á la Emperatriz), esa linda muchacha, bastante *cocodette*, no es más imbécil ni más mundana que las nueve décimas partes del total de mujeres de este tiempo.

—No se trata de eso—respondió Miguel.—No

volveré á casa de la Baronesa..... porque la Baronesa no me agrada..... ¡Tiene una sonrisa que ataca á los nervios!

—¡Ah, ya! pues, chico, la hermosa Francina de Rives ha producido en tu ánimo indeleble impresión.....

—¿Cómo? ¿se llama Francina?

—¿Lo ves? Si así no fuera, ¿te inquietarías por saber su nombre? ¡Y apuesto á que te parece lindísimo, adorable, encantador!

—Calla, que no pienso en la Baronesa.

—¿En la señorita de Morangis?

—¿Y por qué he de pensar en esa niña?

—Porque es arrebatadora..... Además, ¡la empresa de salvarla de la frialdad del claustro!.....

—Sálvala tú.

—Yo soy demasiado alegre.

—Y ella está demasiado triste..... En conclusión, Gontran, tú sabes que no puedo casarme.

—¿Cómo?

—¡Lía!—exclamó Berthier, revelando en un solo nombre el secreto de su vida.

—¿Lía? Pensaba en que eso había concluído hace rato—dijo Gontran, no sin algo de asombro.—Pero ¿no ha concluído?

—No.

—Pues dura demasiado..... para un amor que no debe durar siempre.

—¡Quizá! Mas cuando ese amor tiene en el corazón hondas raíces.....

—Se ahonda más el agujero y se hace mayor esfuerzo para arrancarlas..... Ya te contaré algún día cómo se hace eso.

Los dos amigos se separaron. Gontran se dirigió hacia la calle de Aumale, donde vivía, y Miguel marchó por la de Douai, entonces casi desierta, para entrar en su domicilio de la avenida Trudaine.

El diputado estaba febril y sentía palpar con violencia sus arterias en las sienes y en las muñecas.

—¡Si yo tuviese el valor necesario para imponer al mundo á Lía, mi felicidad estaría ahí! ¡No hay mujer más adorable que esa niña!

Y pensando en esto, en vez de llamar en la puerta de su casa, torció su camino y se dirigió hacia el boulevard Clichy, murmurando estas palabras:

—La pediré, como otras veces, el descanso en el amor; la suplicaré que calme aún más las angustias con sus besos. ¡Querida amada mía, tú sola eres el ángel custodio de mi corazón conturbado! ¡Lía, Lía, Lía!

Y enviaba apasionados besos al recuerdo de la hermosa judía, como á un fantasma adorado.

XV.

Lía estaba en el lecho, con un libro en las manos, leyendo: acariciábala el tenue resplandor de una bujía, y su perfil se dibujaba sobre los almohadones en que ella hundía suavemente sus desnudos hombros.

Miguel la consideró como cien veces más bella que Paulina de Morangis y cien veces más seductora que la extraña Baronesa de Rives.

—Buenos días, Lía—dijo Berthier, acercándose á ella con los brazos abiertos.

Lía se arrojó en ellos, le besó, le preguntó, le contempló con ardiente entusiasmo.

—¿Cómo, caballero? ¿venís con traje negro y corbata blanca? ¿Todavía un sarao?

—¿Qué te importa saber de dónde vengo? Mi alegría está aquí, aquí sólo, en este saloncito.

Y observó entonces que aquel saloncito era azul como el salón entapizado de satin en casa de la Baronesa de Rives, aunque no tenía su lujo exuberante.

—Pero ¿quién me dará—se decía interiormente Miguel—el valor necesario para quedar aquí siempre, siempre?.....

Y contemplando á Lía, que se hubo rendido á su amor sin contar con nadie, decíase también que la pobre niña era tan digna de respeto, tan honrada, por lo menos, como Paulina de Morangis, que tenía el disgusto de la vida y la locurá del claustro, y como la Baronesa de Rives, separada de su marido engañado, que lloraba tal vez su existencia olvidada en el fondo del Berri.

Mas al punto la realidad se levantaba enfrente de él, fría, punzante; un matrimonio con la pobre niña, hija de un judío que tenía en el barrio latino un hotel de dudosa clase, sería explotado por sus enemigos, que comentarían maliciosamente la noticia.

¡Vaya un legislador, el que arreglaba de tal modo sus asuntos íntimos antes de ocuparse en los asuntos públicos! Esta manera de legitimar el pasado, ¿no podía tomar las proporciones de un escándalo?

—Pero ¿á qué pensar en esto?—se dijo Miguel.

—¡Ya veremos mañana!

¡Mañana! ¡Así se dejan pasar los días y los años!

Á la mañana siguiente, cuando Lía sacaba su

cabecita de linda avecilla por entre las blancas sábanas, y echaba hacia atrás sus cabellos rizados que le caían sobre la frente, Miguel la comparó con la Baronesa de Rives, irónicamente elegante, y después con la grave, altiva y simpática á pesar de todo, Paulina de Morangis.....

Berthier era uno de esos hombres á quien suele invadir súbitamente una tristeza irresistible, nerviosa, llena de amargura, cuando detienen su pensamiento en una idea cruel.

Lía, que conocía demasiado á su amante para no adivinar que algún negro pensamiento cruzaba por su espíritu, le dijo:

—¡Estás sombrío! mírame.... ¡Ah! no eres el mismo. ¿Qué tienes, Miguel?

—Nada.

Lía, creyendo todavía en su poder, comprendió que era necesario arrancar la tristeza de aquel espíritu inquieto.

—¡Todavía—dijo—no soy feal

Y desapareció en seguida, para volver poco después transformada.

—Si ya no me amas—le dijo entonces sonriendo—aquí tienes otra mujer.

Lía se había puesto un vaporoso traje de africana: un largo peinador blanco que modelaba su

cuerpo, y cuya abertura dejaba percibir la piel nacarada del pecho y la garganta, en la cual brillaba un collar de cuentas de oro.

Su belleza resplandecía de un modo extraño; sus ojos negros eran más vívidos, y sus blancos dientes más brilladores.

Miguel la miró, comparándola todavía con Paulina y la Baronesa, y besándola en la frente, la dijo con una sonrisa que ella jamás le había visto:

—¡Tú eres siempre la más bella!

Y en seguida se excusó de tener que marchar.

—¿No almorzarás conmigo?—le preguntó Lía.

—No: se me espera.

Lía observó una dureza no acostumbrada, y replicóle:

—Me burlaba hace poco, Miguel; pero ahora tengo miedo de decir verdad: ¡no me amas!

—¿Estás loca?

—Ó lo que es igual para mí: vas á dejar de amarme..... No, no; yo estoy loca, tienes razón..... Me amarás siempre como yo te amo. Parte, amado mío, y no te inquietes por mí; pero, yo te lo ruego, ¡sé bueno y concédeme las migajas de tu tiempo!..... ¡esas migajas que hacen mi ventura!

Miguel salió, y Lía se puso á la ventana para

verle marchar; mas la pobre niña, cuando aun estaba Miguel al alcance de su vista, sintió que sus grandes ojos negros se llenaban de lágrimas.

XVI.

Gontran habia adivinado la verdad: era evidente que el recuerdo de Francina de Rives absorbía profundamente á Berthier; y este hombre, poco habituado á las refinadas seducciones de ciertas mujeres, aunque al principio intentó rebelarse contra la especie de poder magnético irritante de la Baronesa, concluyó por someterse á él con abandono, con verdadera voluptuosidad.

Aguijoneado por la necesidad de confianzas que experimenta el alma en algunas ocasiones, hablaba con deleite de aquella mujer; habló de ella hasta al austero Pedro Menard, que le dijo francamente :

—¿La de Rives? no hay mujer más conocida; ella es la que ha convertido á la causa del Imperio al polemista del *Correo del Domingo*, Berger-Delanoue.

—Pero ¿tan consagrada está á la dinastía?

—Es mujer muy peligrosa—añadió Menard;—eso es todo lo que sé.

—No es suficiente—pensó Miguel.

Y desde aquel día empezó á adquirir los informes que pudo suministrarle, acerca de Francina, la chismografía parisiense, informes casi vanales.

Era hija del Marqués de Rouone, rey del *turf* en la época de Luis Felipe, y arruinado luego por especulaciones desventuradas, y casóse por obedecer á su padre, con el baron de Rives, elegante, erudito, espiritual, que adoraba á su mujer y la ocultaba como ávaro que guarda un tesoro.

Mas ella había soñado con el matrimonio una vida activa de placeres y de fiestas, ricas *toilettes*, palco en la Ópera, y las recepciones en la corte la sedujeron más que el marido; y éste, adivinando que su amor no bastaba á su mujer, se decidió á formar parte, no obstante su repugnancia, de la corte que venciera despues del golpe de Estado; Francina hizo brillante entrada en el mundo oficial; en las Tullerías y en el Hotel de Ville logró los mayores éxitos de la vanidad, todos los triunfos de la mujer.....

¿Y después? Después la tentaron todos los frutos prohibidos, todos los caminos peligrosos; tenía

sed de las locuras de la pasión, y más allá de la realidad que encontraba, entreveía fiebres, delirios insensatos, no los delirios del paraíso perdido, sino los del paraíso que pierde.

Y desde entonces Francina había vivido rodeada de admiradores, festejaba, aceptada por la sociedad más aristocrática del Imperio, ejerciendo su influencia en las más altas esferas, unas veces atacada y otras defendida.

Miguel supo todo esto casi al mismo tiempo, y Francina así presentada (¡se miente tanto en París!) le parecía más mujer, y por consiguiente más accesible á sus miradas, tal vez también á sus esperanzas.

Y después de haber jurado no volver á casa de la Baronesa, fué poco á poco el huésped más asiduo de los salones de Francina de Rives, quien lo recibía tan pronto con marcada preferencia y halagadora sonrisa, como con la frialdad y cortesanía exquisita que ella tenía para Luis Dalerac ó Tancredo Bourtibourg.

Miguel salía algunas veces del salón de la Baronesa diciéndose que esta mujer merecía sin duda todo lo que la maledicencia la otorgaba; y luego, á la mañana siguiente, Francina tenía ante sus ojos el aspecto de un ángel, y se revolvió con trans-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1525 MONTERREY, MEXICO

portes furiosos contra esa cosa infame que se llama calumnia.

El deber se levantaba de cuando en cuando delante de él bajo múltiples formas, ocupándole su tiempo, su libertad, su aislamiento.

Los electores de la circunscripción que derrotaron á Brot-Lechesne organizaron cierta noche, en honor del candidato victorioso, un banquete intervenido por la policía, en una sala de baile del boulevard exterior, y el cual era presidido por un orador popular muy aplaudido, tenedor de libros de la casa Bourtibourg.

Lía quiso acompañar á Miguel hasta la sala del banquete, y le dijo:

—Tan pocas veces estamos juntos, que será una felicidad para mí dar algunos pasos contigo. Es ya de noche, y noche muy obscura. ¿Quién te ha de ver?

Miguel consintió, y los dos fueron juntos hasta la puerta de la sala del banquete, preparado en un anexo al establecimiento de un almacenista de vinos, boulevard de la Chapelle.

Lía balbuceaba frases incoherentes, como si hubiese querido hacer á Miguel algunas confidencias que no se atrevía á formular por completo; y Miguel, preocupado con el banquete y con el dis-

curso que iba á pronunciar ante sus electores, no prestaba atención á las frases reprimidas de Lía.

La idea de que Berthier amase á otra mujer no pasó un momento por el pensamiento de la pobre muchacha: estaba segura del cariño de aquel hombre, y no era celosa.....

Pero su corazón latía con fuerza. ¡Qué sorpresa! ¡qué emoción! ¡qué alegría! Ella caminaba del brazo de Miguel, oprimiéndole con estremecimientos llenos de caricias, mirándole con sus dulces ojos de gacela, espiando el momento favorable para comunicarle el dulcísimo secreto que llenaba su alma de una alegría inesperada, arrebatadora, inmensa.

¡Si Miguel la hubiese comprendido con media palabra!..... Pero entonces el pensamiento del joven estaba muy lejos de Lía; conocíalo así ésta; lo veía claramente en la fisonomía extraña del joven.

—Esperemos—se dijo mordiéndose el labio inferior.—¿Qué importa? ¡siempre será una felicidad decirselo!

A la entrada de la sala del banquete, Lía le dijo al oído:

—Vamos, hasta ahora..... No me olvides, y esta noche, cuando vayas á mi casa, te daré una buena noticia.....

—¿Qué?

—No quiero decírtelo ahora.

—Pero ¿qué te sucede?—insistió Miguel.

—Un secreto, es un secreto: lo conocerás luego y serás dichoso, Miguel. Entra, entra ahí.... Hasta luego..... ¿no faltarás?

Los dedos de Lía oprimieron la mano de Miguel; mas éste no se tomó el trabajo de adivinar lo que constituía aquel secreto de su querida.

Miguel se adelantó hacia la sala del banquete, y al aparecer delante de los doscientos ó trescientos convidados que la llenaban, fué aclamado con vivo entusiasmo.

Lía le vió desaparecer en aquel recinto, tal vez asustada de que corriese allí algún peligro.

XVII.

La mesa del banquete estaba dispuesta en forma de herradura, y en el centro había tres puestos de honor reservados: uno para el presidente Favrejolles, otro para Pedro Menard y el tercero para Miguel Berthier.

El joven tribuno comparaba aquella sala de paredes desnudas de todo decorado, y aquella larga

mesa de pino cubierta con blanco mantel que exhalaba aún olor á jabón, con la sala del restaurant del *Banquete de los Doce* y con el *boudoir* y el salón azul de la Baronesa; y sentíase más á su gusto en aquella reunión varonil y franca, entre obreros de hermosas cabezas, de expresión enérgica, que habían reunido á escote el importe del banquete que le ofrecían, y que le contemplaban á la luz de los mecheros de gas con el sincero embeleso de las almas cándidas, infantiles.

El banquete, inaugurado con breve discurso del presidente, fué ruidoso, ardiente: habíase colocado delante de Miguel un ramo enorme de flores tricolores, en cuyo centro azul capullos de *no me olvides* forman estas dos letras: R. F.; y Miguel, que miraba aquellas letras con la preocupación del orador que busca *efectos* de elocuencia, como el pintor busca efectos de color, se decía alegremente:

—¡Bien, bien! esas flores servirán para mi peroración.

Y así fué: aquellas flores dieron motivo para un nuevo triunfo al retórico, inspirado por el encuentro de una imagen, como un poeta de la palabra.

Desde que Miguel comenzó á hablar, su auditorio fué conquistado, arrebatado en alas de tanta elocuencia; y cuando todos los convidados le acla-

maban con ovación inmensa, él tomó el ramo de flores, contempló las dos letras que formaban las azules *no me olvidés*, y gritó con el acento declamatorio pero conmovedor de Lamennais en las *Palabras de un creyente*:

«—Pobre ramo, ¿quién eres?

»—Soy un ramo de flores que te recuerda tu deber de no olvidar jamás á la República.

»—¿Olvidarte yo? ¿pensáis en eso, hermosas florecillas azules de los verjeles de Francia?»

Y continuando así, casi lírico, como si recitase un poema, dió á su discurso el sabor de un trozo de literatura y el acento arrebatador de una oda. Conocía perfectamente el instinto artístico del pueblo de París, y á ese instinto se dirigía.

Y saludando luego á la aurora de la libertad naciente, exclamó con voz enérgica:

—Estas flores se marchitarán..... pero lo que durará eternamente es mi reconocimiento y mi adhesión á vosotros que me habéis elegido, y á la libertad que todos queremos dar á Francia.

Mas aun no se habían acabado los bravos frenéticos en que prorrumpió el auditorio con las últimas frases de Miguel, cuando en el fondo de la sala se levantó un hombre de pálido rostro, muy delgado, con barba y cabellos rojos, mirada casi

exaltada; una especie de Cristo trágico, cuyo enérgico y huesudo rostro salía por encima de un gabán negro, raído y abotonado sobre el pecho.

Este hombre exclamó con acento de resolución enérgica:

—La igualdad y la dicha de todos, ciudadano Berthier, es lo que esperamos de vos, y no de los caciques y los *viejos barbas* de la democracia.

Los convidados se asombraron al principio de la audacia de aquel desconocido que usaba de la palabra después de haber hablado Berthier; mas pronto sintieron un movimiento de simpatía hacia aquel hombre, pálida encarnación del sufrimiento, que les impresionaba profundamente á todos, como si fuese una reivindicación viviente.

—Un millón de personas— continuó el viejo orador— dispone aún de lo que pertenece á más de veinte millones de semejantes suyos, de sus iguales. ¡Que desaparezcan de una vez estas irritantes distinciones! ¡Que no haya entre los hombres otras diferencias que las de la edad y el sexo! ¿No se contentan todos con un mismo sol, una misma atmósfera? Pues ¿por qué no ha de bastar para cada uno la misma cantidad y calidad de alimentos y la misma educación, como tienen las mismas necesidades?

Y aplaudido, aclamado, aquel hombre continuaba lívido, resuelto, impasible, con la mirada fija y sonriente á la vez, como un mártir que se mantiene en pie ante el furor de los verdugos.

Miguel sentíase asombrado: su ideal, la libertad, ¿conducía acaso hasta la quimérica perspectiva del comunismo? Lo que él juzgaba que era sublime, convertíase en grosera satisfacción de apetitos; lo que detestaba en el cesarismo encontrábalo allí, en los que le habían elegido; él hablaba al corazón, y se le aplaudía, y aquel hombre hablaba al vientre, y también era aplaudido.

Miguel tuvo escalofríos, como la zozobra de un porvenir muy lúgubre; estaba con miedo, mientras los comensales, electrizados, pedían á voz en grito el nombre del que les había hablado; y el pálido orador, frío, convencido, respondía con voz estridente:

—¿Qué os importa mi nombre? Me llamo Juan Levabre; pero mi verdadero nombre, cuando hablo así, es: *El Pueblo ó El Pobre*.

Pedro Menard fué el que contestó á este orador convencido y víctima de la injuria: apóstol de la idea, opuso á la teoría de la igualdad la religión del deber, y mostró á las generaciones pasadas inmolándose por encontrar la libertad para las gene-

raciones futuras, y procuró hacer comprender á las rudas inteligencias de sus oyentes que el fin de un hombre libre es preferible á la igualdad engañadora que los césares, como los utopistas, hacen resplandecer delante de las masas ignaras.

Había tal convicción en las palabras de Pedro Menard, que los convidados sintieron una reacción súbita en favor de aquel grito de una conciencia sin mancha; y los aplausos demostraron que el antiguo compañero de Vicente Berthier había sabido tocar al auditorio en buen sitio, en el lado del corazón.

El banquete concluía con este inesperado triunfo, y Miguel, que añadió aún algunas frases á manera de epílogo, abrazó al presidente en representación de todos los concurrentes, y se alejó del brazo de Menard entre nuevos aplausos del auditorio.

—¡Viva Berthier!—decían aquellos hombres.

—¡Viva Menard! ¡viva la República!

—¡Viva la Humanidad!—gritó entonces el comunista Juan Levabre, que seguía con su mirada tenaz á Berthier, fijando en él sus ojos ardientes.